

LA VUELTA A UN MUNDO EN CIEN DÍAS

Javier Mina

Julio Cortázar escribió *La vuelta al día en ochenta mundos* seguramente para que James Jarmush pudiera hacer, veinticuatro años después, una película más restrictiva, *Noche en la tierra*. Porque al fin y al cabo, Cortázar se vale del título —un título magnífico, por otra parte— para elaborar una enciclopedia de sus preferencias estéticas y de sus opiniones. Mientras que Jarmush se atiene a la literalidad de mostrar ochenta mundos en un día. O lo que es lo mismo, en una noche. ¿Quién no se ha preguntado por lo que puede estar ocurriendo en distintos lugares en un momento dado? El ejercicio no puede resultar más atractivo. Aunque a veces puede convertirse en pesadilla. Es lo que ocurre cuando se rastrean los acontecimientos que tuvieron lugar el uno de agosto de 1944 en diferentes partes de Europa. Y alguna del mundo. ¿Por qué esa fecha? Porque corresponde a la última entrada del diario que escribió cierta adolescente de quince años llamada Ana Frank. Y porque se trata de un momento clave. Los aliados han desembarcado hace poco en Normandía. La ofensiva del Ejército Rojo es brutal. Alemania está perdiendo la guerra. Pero no por ello deja de funcionar la industria del exterminio. Con todo, reina cierta esperanza. Dentro de los campos se sabe que la liberación está cerca. Sólo se trata de aguantar un día más. Y otro. Lo mismo que fuera. Aunque en condiciones más extremas. En plena descomposición del nazismo, darse una vuelta por Europa es asistir a los giros de una ruleta moral. En medio de la noche.

Una sublevación simultánea

El mismo día que Ana Frank cerraba su diario, los polacos se sublevaban en Varsovia. El levantamiento estaba previsto para las cinco de la tarde de ese uno de agosto. Pero se adelantó. Debido a un encontronazo fortuito. El capitán de la resis-

Javier Mina es escritor (San Sebastián)

tencia Zdzislaw Sierpinski, se dio de bruces a la 1,50 de la madrugada con una patrulla motorizada alemana cuando guiaba a su compañía al punto de encuentro: «Durante unos segundos nos observamos mutuamente con total claridad. Los alemanes estaban obviamente calculando los posibles beneficios y pérdidas, si detenernos o hacer como si no hubieran visto a aquel grupo de jóvenes que vestían uniformes apenas ocultos y llevaban subfusiles bajo las cazadoras (...). Optaron por el enfrentamiento y salimos indemnes. Arrojamos varias granadas a su camión, que saltó por los aires». El testimonio aparece recogido en *Varsovia, 1944*, de Norman Davies.

Winston Churchill analiza pormenorizadamente en sus *Memorias* la sublevación de la capital polaca. El levantamiento se produjo por el acuerdo entre el ejército clandestino del interior, comandado por el general Bor-Komorowski, y el gobierno polaco refugiado en Londres. Los comunistas polacos preferían mantenerse al margen. Sin embargo, el momento para la insurrección no podía ser más favorable. Los rusos se hallaban a las puertas de Varsovia ejerciendo una presión intolerable sobre las tropas alemanas. Tanta que la resistencia polaca interceptó el 22 de julio de 1944 un mensaje alemán que ordenaba la retirada del Cuarto Ejército Panzer hasta el oeste del Vístula. Menos alemanes, más probabilidades de éxito: «El 29 de julio, la radio moscovita emitió un llamamiento de los comunistas polacos al pueblo de Varsovia diciendo que ya se escuchaban los cañones de la liberación», escribe Churchill. En la noche del 31 de julio, los tanques rusos comenzaron un ataque general, según recogía la propia radio militar alemana. El general Bor planificó la insurrección para las cinco de la tarde del 1 de agosto, como ya se ha dicho. Una vez comenzada la batalla, las armas soviéticas callaron. Sólo apoyarían a los polacos comunistas. Churchill reclamó ayuda a Stalin, que se la negó con evasivas: «Creo que la información que le han traído los polacos es muy exagerada y no inspira confianza». Fue la misma actitud que adoptó Roosevelt. Firmó con Churchill una petición desesperada de ayuda a Stalin pero no quiso emprender ninguna «acción drástica». Los ingleses se quedaron solos. Lanzaron desde el aire algo de ayuda el 4 de agosto, precisamente el día en que Ana Frank era detenida. Un participante en los combates citado por Churchill dice el 15 de agosto: «Ya no queda nada agua en las tuberías (...) Todo el mundo quiere luchar y seguirá luchando pero la incertidumbre sobre si esto acabará pronto es deprimente».

Otro participante en la batalla, Stanislaw Aronson, cuenta, en testimonio recogido por Norman Davies, cómo después de haberse reunido con su grupo a las cinco en punto de la tarde del día 1 de agosto avanzan hacia su objetivo. Es el comienzo de la lucha, las esperanzas están intactas: «Nos encaminamos al *Umschlagplatz*, el centro de embarque para los judíos de todo el distrito de Varsovia hacia los campos de exterminio, donde yo mismo había esperado mi traslado dos años antes (...) Tras apoderarnos del *Umschlagplatz*, donde liberamos a cincuenta judíos empleados por las SS como esclavos, permanecimos en el edificio toda la noche. Encontramos enormes depósitos de comida y uniformes y algunas armas».

La balsa de la Medusa, Segunda época, 3, 2010

Desde su zulo, Wladislaw Szpilman, el pianista del gueto de Varsovia, también es testigo del comienzo de las hostilidades aquel memorable primero de agosto: «Un tranvía procedente de la universidad técnica llegó a la parada. Estaba casi vacío. Descendieron unas pocas personas (...) también tres hombres jóvenes que llevaban unos objetos largos envueltos en papel de periódico. Se detuvieron junto al primer vagón; uno de ellos miró su reloj, lanzó una ojeada alrededor y de repente puso una rodilla en tierra, se echó al hombro el paquete que llevaba y sonó un rápido repiqueteo. El papel del extremo del paquete comenzó a brillar y dejó al descubierto una ametralladora». El barrio en el que lleva oculto desde que pudo huir del gueto, está en poder de los alemanes desde el primer momento y así sigue hasta el final del levantamiento. Encerrado, pero atendido por una vecina servicial, Szpilman va recibiendo provisiones hasta que de pronto deja de recibirlas: «No tenía ánimo para salir del piso, pues de lo contrario los demás habitantes del bloque sabrían que estaba allí y tendría que hacer vida comunitaria con ellos en nuestros pisos sitiados (...). Si los alemanes descubrieran que, aparte de todo lo demás, escondían a un no ario en el edificio, serían castigados con mucha mayor severidad». Szpilman conseguirá salvarse milagrosamente.

El diario de Ana Frank

Traicionada por los propios polacos comunistas, desahuciada por un Stalin que no quería regalar la victoria a sus adversarios, Varsovia resistirá hasta el mes de octubre ante la indiferencia de los aliados que tenían otros planes de guerra. Ana Frank resistirá un poco más. En octubre se encuentra en el campo de Bergen-Belsen, junto a su hermana Margot. Atrás, en Auschwitz, deberían estar sus padres. Ana no está muy segura. Cree que los han gaseado. Pero viven. La señora Frank lo hará hasta enero del 45. Desgraciadamente terminará en el crematorio. El señor Frank conseguirá salvarse. A las dos hermanas, en cambio, les quedan siete meses de vida. Morirán en marzo de 1945. Pero no lo saben. Aunque lo sospechen. ¿No están muriendo a su alrededor miles, decenas de miles? Tendrán la suerte de escapar a la cámara de gas, al hambre y a las vejaciones pero no sobrevivirán al tifus. Demasiado agotamiento. ¿No llevan huyendo desde 1942? Tuvieron que abandonar su Alemania natal huyendo de los nazis. Y se refugiaron en Amsterdam. Cuando los alemanes invadieron Holanda se ocultaron en una buhardilla. Consiguieron escapar a las redadas durante dos años, desde el 9 de julio de 1942 hasta el cuatro de agosto de 1944. Ana comenzó a escribir su diario antes del encierro, cuando cumplió los trece años. Con ilusión. ¿Qué puede la muerte frente a las ganas de vivir? Ana convertida en la escritora que soñaba ser registra sobre todo su vida. Cierta, las amenazas están ahí, el encierro es duro pero ella es joven, empieza a darse cuenta de la vida. Y la disfruta a borbotones, con su cambiante humor de adolescente: «Cuando estoy callada y seria, todos piensan que es una nueva comedia, y entonces tengo que salir del paso con una broma, y para qué hablar de mi

Javier Mina es escritor (San Sebastián)

propia familia, que enseguida se piensa que estoy enferma, y me hacen tragar píldoras para el dolor de cabeza y calmantes, me palpan el cuello y la sien para ver si tengo fiebre, me preguntan si estoy estreñida y me critican cuando estoy de malhumor, y yo no lo aguanto; cuando se fijan tanto en mí, primero me pongo arisca, luego triste y, al final, termino volviendo mi corazón, con el lado malo hacia fuera y el bueno hacia dentro, buscando siempre la manera de ser como de verdad me gustaría ser y como podría ser... si no hubiera otra gente en este mundo».

Esa otra gente. El cuatro de agosto de 1944, guiada por un delator, la policía alemana detiene a la familia Frank al completo. Junto a unos amigos de circunstancias refugiados en el mismo escondite. Ocho personas en total. Entre ellas Peter, el amor secreto de Ana. Porque el único que lo sabe es su confidente, el diario. El primer destino de los arrestados es el campo de Westerbork, donde la familia Frank ingresa el 8 de agosto. Otra prisionera, que logrará sobrevivir, Janny Brilleslijper, vio a los Frank: «Las chicas vestían ropa deportiva y mochilas, como si fueran a los deportes de invierno». El día 2 de septiembre de 1944 Ana y su hermana son trasladadas a Auschwitz, donde permanecerán hasta el día 13. Fecha en que serán conducidas a Bergen-Belsen, tras volver a pasar por Westerbork. Se habrán librado de las cámaras de gas por problemas técnicos. Ya que el mismo día 13 los aliados bombardearon desde el aire los crematorios I y II. De ello fue testigo una superviviente, la judía húngara Ana Novac, aunque desconoce cuál ha sido exactamente el objetivo: «¡Han bombardeado el barracón de los alemanes! Y ningún otro». Ana Novac, es la estricta contemporánea de Ana Frank ya que nació también en 1929. Como su desconocida compañera de campo, Ana Novac quiere ser escritora. Y como ella, acomete un diario. Desde otro encierro. «Tengo que escribir, necesito un cuaderno, soy escritora», le explica a un kapo compasivo que no sólo se lo da sino que contribuirá a poner el diario a buen recaudo. En su diario –se publicará con el título de *Aquellos hermosos días de mi juventud*– Ana Novac registra las incidencias del campo pero también su mundo interior: «¡Esta necesidad enfermiza de escudriñarme, de examinarme continuamente!». Ana Novac habría sido deportada en julio de 1944. Cuando Ana Frank ingresa en Auschwitz, la Novac ya no está. La han trasladado a Plaszow, que es donde se entera del atentado fallido contra Hitler el 20 de julio de 1944: «Casi se me había olvidado esto: un atentado contra el Führer. Lo sabemos por un guardia nuevo». Cuando Novac regrese a Auschwitz en septiembre debido a la presión del Ejército Rojo sobre Plaszow coincidirá, también sin saberlo, con la otra Ana, la que también hacía ejercicios introspectivos cuando estaba libre: «No he anotado nada durante un par de días, pues quise reflexionar sobre el significado y la finalidad de un diario de vida. Me causa una sensación extraña el hecho de comenzar a llevar un diario. Y no sólo por el hecho de que nunca había «escrito». Supongo que más adelante ni yo ni nadie tendrá algún interés en los exabruptos emocionales de una chiquilla de trece años. Pero eso en realidad poco importa. Tengo deseos de escribir y, ante todo, quiero sacarme algún peso del corazón».

La balsa de la Medusa, Segunda época, 3, 2010

El 16 de agosto de 1944, cuando ya no hay agua en las tuberías de Varsovia y la familia Frank permanece aún en Weterbork, Hanna Lévy-Hass, otra judía, una sefardí yugoslava, comenzaba su *Diario de Bergen-Belsen 1944-45* aprovechando para sus notas los retazos de papel que podía robar y esconder. Tenía 31 años. «Hasta ahora, he intentado con frecuencia, incluso sin tregua, buscar las causas de mi desgracia en mí, en mi ser, mi naturaleza, mi origen. Siempre me he esforzado en comprender la fatalidad del destino humano. De la suerte de cada individuo; en explicarlos a la luz del atavismo, la herencia, la educación, la infancia y otros muchos factores psicológicos. Y del mismo modo, he intentado comprender y explicarme mi vida. Es sin duda un método justo. Pero de un tiempo a esta parte, me parece cada vez más evidente que no debemos buscar la culpa sólo en uno mismo y en la existencia personal, sino que, en gran medida, está oculta en el mundo que nos rodea». Hanna, hundida en el campo de exterminio, realiza un ejercicio de introspección personal que la lleva al Otro, a esa otra gente de la que desconfiaba Ana. Hanna, —que que lograría sobrevivir al campo— fue testigo de numerosos convoyes de mujeres procedentes de Auschwitz. Tuvo que asistir, por consiguiente, a la llegada del que traía a las hermanas Frank. Pero el feroz reglamento del campo prohibía que las recién llegadas cruzaran palabra con las veteranas. Por no mencionar las barreras geográficas entre las diferentes divisiones del mismo. Tan cerca y tan lejos. La judía húngara Agnes Sassoon —una niña cuando la deportaron que conservó un diario mental después de que le confiscaran lápices y papeles— podría haber asistido, también sin saberlo, a la muerte de las hermanas Frank, no en balde llegó a Bergen-Belsen cuando se estaba derrumbando y los alemanes quemaban en hogueras improvisadas a los muertos junto con las pruebas que pudieran incriminarles como perpetradores de un genocidio: «Por lo que oíamos de los presos y viendo las actitudes de los guardianes, nos daba la impresión de que Alemania estaba a punto de derrumbarse. Nuestros carceleros ya no mataban a la gente al instante, las torres de vigilancia y los focos ya no estaban ocupados por personal las veinticuatro horas del día y muchos de los guardianes se paseaban por los campos sin armas. Las hogueras seguían sin embargo ardiendo, probablemente a fin de eliminar las pruebas antes de que llegaran los aliados. Estoy convencida de que muchos de los cuerpos amontonados aguardando la cremación seguían con vida, aunque fuera poca».

En la Rumanía de las intermitencias antisemitas y sus terribles progromos, el escritor judío Mihail Sebastian lleva un diario desde 1935. La amenaza, pues, está ahí. También la guerra. El diario de Sebastian no recoge ninguna entrada el 1 de agosto de 1944. Sin embargo, hay dos muy cercanas. La del 31 de julio y al del 3 de agosto. En ellas Sebastian da cuenta del acoso aliado a los alemanes y de los bombardeos americanos que sufre Bucarest. «La guerra parece estar llegando a su final. En diez semanas todo puede estar concluido. La pregunta es

cómo podremos salir nosotros sanos y salvos de estas últimas semanas», escribe el día 31 de julio. El 3 de agosto añade: «A medida que se agudiza la situación, nosotros nos volvemos más impacientes. Ayer y hoy hemos vivido en una sobreexcitación continua, como si de un momento a otro fueran a llegar noticias definitivas». Sebastian tampoco anota nada el 16 de agosto, fecha en que Hanna Lévy-Hass comienza a escribir su diario en Bergen-Belsen. Sebastian se hace eco, en cambio y no sin alegría, el día 15 de agosto del desembarco aliado en el sur de Francia —otra arremetida después de la victoria en las playas normandas—, lo único que le extraña es que a los aliados les queden ganas todavía —y tiempo— para bombardear Bucarest poniendo en peligro la vida de los justos, como manifiesta en la entrada correspondiente al 17 de agosto.

El escritor y cineasta búlgaro Vesko Branev, tenía 12 años el verano de 1944. Lo pasó en una aburrida ciudad de provincias. Branev no especifica fechas —sólo recoge la de la llegada de los soviéticos a primeros de septiembre— pero la anécdota que cuenta en *El hombre vigilado* se situaría, por el contexto hacia comienzos de agosto (justo después de contarla menciona los combates del Ejército Rojo en la vecina Rumanía que se produjeron por aquellas fechas): «Uno de esos días de mercado, un hombre que llevaba en el jersey una estrella amarilla de seis puntas apareció por la acera ante el despacho de mi padre. Sujetaba bajo un brazo un balón de fútbol (...). Sabía que los judíos deportados de la capital a la provincia no tenían derecho a trabajar, por lo que sin duda debía vender ese balón para comprar comida o pagar el alquiler (...). Nadie le prestaba atención, lo que hacía que me diera cada vez más pena. Hacia mediodía mi padre volvió al despacho. Vio que dirigía la mirada hacia el escaparate y que los ojos se me llenaban de lágrimas. Mi padre dio unos golpes contra el escaparate, y con un signo indicó al hombre que entrara. Le preguntó cuánto valía el balón, sacó la cartera y le pagó sin regatear».

Otro escritor, éste de origen judío, el filólogo alemán afincado en Dresde, Victor Klemperer, tampoco tiene ninguna entrada en su diario que recoja lo sucedido el 1 de agosto de 1944. Sí hizo anotaciones el 2 y el 4 de agosto, el día que prenderán a Ana Frank. Pues bien, Klemperer recoge en su dietario —lo publicará con el título de *Quiero dar mi testimonio hasta el final*— la marcha de la guerra y le apesadumbra que el ejército alemán saque fuerzas de flaqueza y resista en todos los frentes: «La lasitud y el desaliento pueden conmigo. No se ve el fin». Un poco más adelante, en la entrada correspondiente también al 4 de agosto, Klemperer se refiere al fallido atentado contra Hitler y a las mentiras del régimen al respecto: «Fantástico es también en todo esto con qué tranquilidad de espíritu sueltan las mentiras más burdas: ayer sólo se trataba de militares, sólo militares, y todos estaban ya liquidados, y hoy buscan a un alcalde». Klemperer se salvará de la deportación gracias a estar casado con una mujer aria, Eva Schlemmer. Lo que no le impedirá sufrir vejaciones ni le librarán de sufrir por lo incierto de su futuro inmediato. Sin embargo y pese a que tiene prohibido escuchar la radio, leer la prensa y, no digamos, escribir, registrará todas las manifestaciones de la lengua propia del nacionalsocialismo,

La balsa de la Medusa, Segunda época, 3, 2010

que él denomina LTI (Lingua Tertii Imperii), como un acto de resistencia y desmascaramiento del totalitarismo. El día 2 de agosto Klemperer se dedica al autoexamen después de anotar una serie de consideraciones –pesimistas– sobre la marcha de la guerra: «Desde ayer dominado por la sensación: ¡treinta años! A ello se une siempre, al principio, la conciencia de ser viejo, de haber llegado al final, de no tener derecho a pedir nada más. Pero me falta por completo esa madurez de la vejez que siempre me había imaginado; no estoy ni harto, ni cansado, ni sereno frente a la muerte». ¿A qué se refería Klemperer con esos 30 años? ¿A su esperanza de vida, puesto que estaba a punto de cumplir los cincuenta y tres? Resulta curioso que sienta esa aprensión por la muerte desde el mismo día en que Ana Frank deja de escribir en su diario. O, por lo menos, también ese día, pues da a entender que piensa en la muerte con frecuencia. ¿Cómo no iba a hacerlo dadas las circunstancias? Sólo que se ve a sí mismo encaminándose a ella por viejo. No por amenazado.

El atentado fallido

Ana Frank tuvo noticias, en su escondite holandés, del atentado contra Hitler, como lo muestra la penúltima anotación de su diario efectuada el 21 de julio de 1944, es decir al día siguiente de haber estallado la bomba que no encontró su destino: «¡Noticia bomba! Ha habido un atentado contra Hitler y esta vez no ha sido los comunistas judíos o los capitalistas ingleses, sino un germanísimo general alemán, que es conde y joven además. La “divina providencia” le ha salvado la vida al Führer, y por desgracia sólo ha sufrido unos rasguños y quemaduras. Algunos de sus oficiales y generales más allegados han resultado muertos o heridos. El autor principal del atentado ha sido fusilado [...] Para los aliados es mucho más sencillo y económico que los inmaculados germanos se maten entre ellos, así a los rusos y los ingleses les queda menos trabajo por hacer y pueden empezar antes a reconstruir las ciudades de sus propios países. Pero todavía falta para eso, y no quisiera adelantarme a esos gloriosos acontecimientos».

Sí, todavía faltaba mucho. Pero había estado cerca. El aristocrático soldado y pensador Ernst Jünger se encontraba en París cuando el general Stülpnagel sublevó la guarnición de París una vez se produjo el atentado contra Hitler. Según algunas fuentes, Jünger habría aconsejado al general que fusilara a los SS que había detenido. Cosa que Stülpnagel no hizo. Jünger llevaba un diario aunque en él no apunta nada de eso. A cambio sí recoge la reacción de un amigo suyo, el capitán Max Hattingen, apodado el Presidente: «¡Haber tenido la serpiente en el saco y haberla dejado escapar!». Por lo que se refiere al atentado en sí, Jünger escribe: «Hace tiempo que estoy convencido de que los atentados modifican poco las cosas y, sobre todo, no aportan ninguna mejora». Y un poco más adelante, en la entrada correspondiente también al 21 de julio, añade: «No se cura el cuerpo en la crisis, y no se le cura sino curándolo en la totalidad, no en uno de sus órganos. Aunque la operación hubiera tenido éxito, hoy tendríamos no un forúnculo, sino una do-

Javier Mina es escritor (San Sebastián)

cena, con tribunales de sangre en cada aldea, en cada calle, en cada casa». La entrada correspondiente al 1 de agosto, es decir al día en que Ana Frank hace su última anotación, contiene una reflexión crítica: «En la primera guerra mundial mis amigos caían bajo las balas –en esta segunda eso es el privilegio de los afortunados. Los demás se pudren en las cárceles, se ven obligados a atentar contra sí mismos o mueren a manos de verdugos. Se les niega la bala». Reflexión que se hace eco de la que emite el 22 de julio: «Qué víctimas vuelven a caer aquí, y precisamente en los pequeños círculos de los últimos hombres caballerescos, de los espíritus libres, de los que sienten y piensan allende las pasiones sórdidas. Y, sin embargo, estas víctimas son importantes porque crean espacio interior y evitan que la nación como conjunto, como bloque, caiga en las espantosas simas del destino». Cripticismo. Oscuridad jüngeriana. Aunque hay que señalar que en sus diarios se muestra crítico con Hitler –y sus lémures– y que alude veladamente a los horrores que se comenten contra los judíos y contra los resistentes. También hay que poner de manifiesto que conocía la trama de los conspiradores, pues era amigo de muchos de ellos y realizó sondeos entre los generales del frente ruso. Por aquel entonces estaba redactando un *Llamamiento* de cara a la búsqueda de la paz. ¿Se puede estar en medio de la suciedad sin mancharse?

Albert Speer, el arquitecto y jefe de armamentos de Hitler, no escribió un diario. Sin embargo, en sus memorias reserva expresamente espacio para el 4 de agosto de 1944. El 4 de agosto, según anota Speer, un Hitler superviviente se dirige a los dirigentes del partido congregados en el cuartel general. Sus palabras son de triunfo. El atentado ha puesto de manifiesto que el ejército boicoteaba sus planes. La guerra iba mal porque el ejército no seguía sus directrices sino que, por el contrario, las sabotaba. Una vez descubierta y eliminada la camarilla de criminales, se abrirá un futuro prometedor para Alemania: «Si el pueblo alemán –clamó Hitler– sucumbe en esta lucha, será que ha sido demasiado débil. En este caso no habrá superado su prueba ante la historia y únicamente estará destinado al hundimiento». Speer atravesaba una situación muy delicada porque su nombre había aparecido en la lista de ministrables confeccionada por los conjurados. Estaba en el punto de mira de Goebbels y Hitler le trataba con frialdad. Pero todo quedó en un susto. Como curiosidad hay que señalar que el atentado contra el Führer se produjo en el barracón que solía utilizar Speer y al que Hitler había trasladado la reunión de su cuartel general por hallarse su búnker en obras. Unas obras que se efectuaban bajo la supervisión del propio Albert Speer. Ni que decir tiene que Speer se dejó ganar por la euforia del Hitler superviviente: «También nosotros nos dejamos convencer demasiado fácilmente por su optimismo».

El mismo día que atentaban contra Hitler – o así lo asegura él en sus memorias –, uno de los conspiradores, el general Rommel sufría un accidente con su coche como consecuencia de un ataque aéreo. El día 24 de julio escribe en una carta: «El atentado contra el Führer, ocurrido al tiempo de mi accidente, me ha impresionado mucho. Debemos agradecer a Dios que todo terminara bien». Pero

La balsa de la Medusa, Segunda época, 3, 2010

nada terminará bien, Rommel, que conspiraba aunque no quería el asesinato del tirano, en las fechas anteriores al desembarco de Normandía, enviará unas frases de compromiso a Hitler y este le contestará con buenas palabras —«Acepte Herr Feldmarschall mis mejores deseos para su pronto restablecimiento»— pese a que desea su muerte. El 14 de octubre de 1944, Rommel habría sido obligado a suicidarse cuando era conducido en coche por los generales Burgdorf y Maisel. Por esas fechas, los alemanes estaban enviando a distintos campos —incluso a los de exterminio, mandaron a ellos a 60.000 personas— a los combatientes y a los habitantes de la ciudad de Varsovia contraviniendo los términos del armisticio firmado el 2 de octubre. Al mismo tiempo emprendían la demolición sistemática de la ciudad. Querían que su lugar lo ocupara un lago. De hecho, como anota en su diario con fecha del 11 de agosto de 1944 el compasivo capitán Wilm Hosenfeld que salvará la vida del pianista del gueto de Varsovia, la destrucción de la ciudad comienza ese mismo día: «El Führer va a promulgar un decreto ordenando que sea arrasada Varsovia. La operación ya ha comenzado. Todas las calles que la sublevación había liberado están siendo destruidas con fuego».

Leni Riefenstal, que no llevaba un diario para publicar pero dejó unas voluminosas memorias, buscaba a Speer el 20 de julio para que le explicase en qué consistían las armas prodigiosas de las que todo el mundo hablaba: «Cuando entré en su despacho de la Pariserr Platz, él abandonaba presuroso en aquel instante su habitación y pasó corriendo por mi lado con un breve saludo (...) aún no sabíamos nada de la agresión contra Hitler». Leni Riefenstal acababa de enterrar a su padre. Un poco más tarde, el mismo día, se enteraría de la muerte de su hermano en Rusia: «La desgracia ocurrió a la misma hora en que estalló la bomba en el cuartel general del Führer y en que yo me hallaba junto a la tumba de mi padre. Hasta el día de hoy no he podido superar la muerte de mi hermano. No pude y no puedo perdonarme que no le pidiera una sola vez a Hitler un favor personal. Tenía prejuicios que me impedían dirigirme a él en aquella difícil fase de la guerra».

En el corazón de la bestia, pero en el cabo opuesto, se hallaba otra mujer, Marie Wassiltchikoff. Marie *Missie* Wassiltchikoff era una refugiada rusa de origen aristocrático que había encontrado trabajo en el Berlín de la guerra como secretaria. Más concretamente en el departamento de Información del Ministerio de Asuntos Exteriores del Tercer Reich. Allí, su protector fue el conde Adam Zu Trott und Szolz, un crítico del nazismo. *Missie* escribía un diario. Nada elusivo por cierto, en eso se muestra muy diferente a Jünger. En las entradas a su diario (*Los diarios de Berlín*) correspondientes al 3 y al 5 de agosto de 1944, *Missie* se muestra francamente preocupada por sus amigos. Pues muchos de ellos habían participado en el atentado contra Hitler: «Desde el arresto de Adam, he intentado ponerme en contacto con Hasso Etzdorf, quien, ahora me entero, fue uno de los primeros miembros del complot. Por eso, naturalmente, parecía tan evasivo conmigo. Oí decir que estaba en la ciudad y esperaba que pudiera sugerir algo. Hace unos días pasó en coche por mi lado en el Kurfürstendamm y se detuvo y se bajó para hablarme [...]. Me confirmó

Javier Mina es escritor (San Sebastián)

el rumor de que Fritzi Schulenburg guardaba listas de participantes y de sus futuras funciones. ¡Qué locura! Le dije lo desesperadamente que le había buscado y lo mucho que contaba con él. Contestó que lo peor es que ya no queda nadie en una posición influyente a quien recurrir. Sin embargo, prometió hacer todo lo posible. Tuve la sensación de que temía ser arrestado él mismo en cualquier momento». El 5 de agosto, *Missie* intenta poner tierra de por medio: «He cogido un tren con destino a Königswart, donde me propongo permanecer todo el tiempo que me permita el certificado de Sanidad». Los planes para corromper a las SS o liberar mediante un golpe de mano a los amigos encarcelados quedarán en nada. Marie Wassiltchikoff acabará trabajando de enfermera en Viena, de donde huirá en 1945 poco antes de la entrada de los rusos en la ciudad. En las líneas correspondientes al 1 de agosto, fecha en que Ana Frank escribe sus últimas observaciones, *Missie* acompaña a su amigo Otto Bismarck al hotel Adlon pues teme ser detenido y quiere que *Missie*, llegado el caso, avise a su esposa. Una amiga de *Missie*, Loremarie Schönburg, cogió el explosivo sobrante del atentado, que se hallaba en casa de Gottfried Bismarck en Postdam, y pudo ocultarlo minimizando las represalias.

La distancia puede ser el olvido

Muy lejos de todo aquello, el historiador de las religiones Mircea Eliade, que, a la sazón, ocupa el cargo de consejero de la embajada rumana en Lisboa, ha sufrido una crisis nerviosa que le incapacita para trabajar. Su diario también se resiente. Hay en él un agujero que va del 30 de julio al 11 de septiembre. Pero Eliade lo rellenará con algunas notas posteriores: «No es sólo una neurastenia mía o agotamiento como suponía. Es algo tan sencillo como oscuridad en la mente», dice para explicar el apagón intelectual que ha sufrido. A principios de agosto, Eliade trabajaba «obstinadamente en los *Prolegómenos*» y estaba muy preocupado por su mujer Nina, hospitalizada con un edema en la pierna, así como por la situación en Rumanía después de la capitulación: «Desde la capitulación, no hemos podido hacer otra cosa que escuchar la radio, leer la prensa y llamar por teléfono a los amigos en busca de noticias. Estamos viviendo tensiones de todas clases: en un mismo día, a diferentes horas, pasamos de la resignación a la alegría y de ahí a la depresión». Sólo que Eliade no da ninguna pista sobre los motivos de su alegría. Ni tampoco sobre los de la depresión. Un silencio nada inocente, puesto que Eliade formó parte de la organización totalitaria rumana la Guardia de Hierro o Legión del Arcángel San Miguel y colaboró fervientemente en sus medios de comunicación entre 1936 y 1937 ostentando su nacionalismo y su antisemitismo. Ejercía de agregado cultural en Londres cuando Rumanía se alió con el Eje y tuvo que salir, por ello, precipitadamente de Inglaterra. Recaló en Lisboa, donde fue mucho mejor acogido. ¿O no había alabado la dictadura de Oliveira Salazar tanto como la de Franco o la de Mussolini? Un detalle, los medicamentos para su mujer se los envía directamente desde Berlín cierto doctor

La balsa de la Medusa, Segunda época, 3, 2010

Wagner: «De manera que tenemos esperanzas». En 1944 Eliade sería presentado a Ernst Jünger por el jurista nazi y teórico político Carl Schmitt, que era su amigo. Pero ya en 1942 un artículo publicado por Eliade en la revista *Zalmoxis* acompañaba al pensador alemán en su mochila de guerra.

En su exilio norteamericano, Anaïs Nin lleva al diario la alegría que le produce uno de esos gloriosos acontecimientos. La entrada no tiene fecha, aunque debe de corresponder a los últimos días de agosto pues la liberación de Francia se coronará el 25: «¡Liberación de Francia! Alegría, alegría, alegría, alegría. ¡Qué alegría y qué felicidad con la esperanza de que pronto se terminará la guerra! Todo el mundo se siente feliz. Es una felicidad delirante». El escritor portugués Manuel Torga también experimenta la misma sensación, aunque por anticipado —deseándola, presintiéndola— y la traslada a su propio diario: «¡Basta ya de agonías y de masturbaciones! El mundo lucha por su redención, que ya está cerca. ¡Que los poetas canten a esta nueva mañana!», escribe el 11 de julio de 1944. A primeros de agosto, es decir, en los días cercanos a la detención de Ana Frank, no escribe nada, excepto el día 9 pero se trata de un texto lírico que recoge las buenas sensaciones que le produce estar en la cima del Altar de Cabroes.

Max Aub había sido deportado a un campo de concentración en Argelia por comunista. Permaneció en él casi dos años, parte de 1941 y de 1942. En septiembre de 1942 embarcará rumbo a México. Lleva las experiencias del internamiento en el poemario *Diario de Djelfa* que verá la luz dos años después. Por lo que se refiere a sus diarios, Max Aub no tiene más que una entrada en el mes de agosto, precisamente la del día uno:

«—¿Usted no cree?

—¡Alto amigo! Cada quien cree lo que puede. A mí no me meta usted en líos». Aub lleva a sus notas reflexiones de índole estética y literaria, a veces política, pero no recoge la actualidad. El 26 de julio había escrito: «Ramón Menéndez Pidal y su neo-germanismo durante la posible victoria hitlerista. Insiste en los gérmenes germánicos (!! de la épica castellana oponiéndola a la literatura visigótica de León y Asturias, la da como renacimiento de gérmenes germánicos en Castilla. ¿Qué gérmenes? ¿Venidos de dónde? Lo germánico en España fue lo visigodo —¡tan romanizado!—. Y da, como prueba, el sentimiento de venganza tan a las claras cantado. Como si ese sentimiento fuese germánico de pura cepa. Da risa, porque entonces los países más influenciados por los germanos hoy todavía serían verbigracia los corsos, los sicilianos o los gitanos». Después del uno de agosto, el año 44 de Aub está vacío. Al menos por lo que respecta a sus diarios. El de André Gide también. Después del 3 de abril, fecha en que vuela a Gao donde permanecerá hasta el final de la guerra —«El hotel, excelente»—, no escribe nada en su diario.

El secretario de Winston Churchill, John Colville, se hallaba volando en un bombardero entre finales de julio y principios de agosto inmerso en acciones de guerra. Su diario no es muy preciso a la hora de fechar lo que hizo por aquellos días. Despacha en bloque los meses de julio y agosto. Con todo dejó dicho: «A princi-

Javier Mina es escritor (San Sebastián)

pios de agosto expiró mi permiso de dos meses para volar (prolongación de las primeras seis semanas con consentimiento del primer ministro). Realicé mi última salida operativa y me llevaron de vuelta a Inglaterra en un avión Dakota que sin querer sobrevoló El Havre, aún en manos alemanas, y fue recibido por un arranque de fuego antiaéreo piadosamente impreciso. Uno de los pasajeros era lord Reith, disfrazado de capitán de la Royal Naval Volunteer Reserve. Dijo que era mejor que estar en el gobierno de Churchill. Que cuanto me debía alegrar haberme quitado de encima. Al contrario, señor —repliqué—, voy de vuelta hacia él».

Regreso al corazón de la bestia

Petter Moen fue un resistente noruego que se encargó de coordinar la prensa clandestina. Moriría al hundirse el barco en el que viajaba hacia Alemania junto a cuatrocientos detenidos. Un superviviente del naufragio informó de la existencia del diario que Moen había ocultado, hoja a hoja, en un conducto de aereación del cuartel general de la Gestapo en Oslo donde estuvo preso y fue torturado. En la entrada del 2 de agosto de 1944 escribe: «El cuatro de agosto —el viernes— hará medio año que estoy en la cárcel. Ese día me hubiera gustado hacer un balance por escrito. Tendría que incluir las pérdidas y ganancias de las experiencias y las reflexiones de los últimos seis meses. Debería arrojar un resultado en forma de un sí o un no a algunas cuestiones de importancia. No creo que llegue a hacerlo. No hay aquí suficiente tranquilidad para semejante empresa. Ahora estamos cuatro hombres en diez metros cuadrados. El calor es sofocante en la celda y yo no dispongo de la tensión interior que se precisa». Un mes y cuatro días después moriría ahogado frente a la costa sueca.

En otra parte del huracán, la ciudad de La Verna en los Apeninos toscanos, el escritor Giovanni Papini da cuenta de su preocupación por la suerte de sus hijas que viven en una Florencia en plena guerra. El régimen fascista ya se ha hundido, pero los alemanes no quieren entregar Italia. En medio de aquel fragor, Papini piensa más bien en sí mismo y confiesa que tiene dificultades para trabajar, como confía el 6 de agosto a su diario: «Con todo, me doy cuenta de que no logro trabajar a gusto fuera de mi casa. En estos cuarenta días lo he intentado varias veces y no me ha sido posible. Sólo puedo tomar algún apunte, escribir algún pequeño ensayo y copiar algún pensamiento. Terminaré el libro sólo si alguna de mis casas se salva». Papini había dedicado a Mussolini el primer —y único— volumen de su *Historia de la literatura italiana* y apoyó las medidas contra los judíos decretadas por el dictador italiano. Regresará a la vida de después de la guerra como si nada. Y morirá apaciblemente en 1956. Nadie le tendrá en cuenta su pasado. El caso de Cesare Pavese es bien distinto, pero casi igual en su mutismo acerca de los acontecimientos inmediatos. En 1935 Pavese fue confinado en Brancaleone Calabro porque le encontraron papeles relacionados con la oposición antifascista. Se trataba de las cartas que había cruzado con una novia

La balsa de la Medusa, Segunda época, 3, 2010

comunista. Durante la guerra permanecerá encerrado en sí mismo, ajeno al tumulto. Practica un ceñudo exilio interior. Redactará en su diario una nota el 30 de julio y otra el 8 de agosto: las dos reflexivas. Las dos extemporáneas. Dice el día 30: «La música es la más material de las artes». Y el día 8: «Es bonito y consolador el pensamiento de que ni siquiera el casado ha resuelto su vida sexual».

El 1 de agosto, el filántropo italiano Giuseppe Pardo Roques será asesinado por los nazis en su domicilio de Pisa. No sólo pesan contra él sus orígenes judíos sino el haber dado también asilo a refugiados tanto judíos como gentiles. Sus últimas palabras, proferidas a gritos, serán oídas por sus vecinos: «*Siete voi le bestie delle mie paura, bestie, bestie*» [«Sois las bestias de mis miedos, bestias, bestias»], Pardo Roques daba rienda suelta a una fobia hacia los perros claramente anticipatoria. El 1 de agosto, una chiquilla de 8 años, Else Baker que había sido arrebatada a sus padres adoptivos por sus supuestos orígenes gitanos, será puesta en libertad. Es uno de los pocos casos en que alguien sale libre del campo de Auschwitz. Lo debe a la suerte de haber sobrevivido a la selección inicial y a seis meses de internamiento, pero también a la tenacidad y al amor de sus padres de adopción. Las fuerzas aéreas aliadas tomaron fotografías de Auschwitz el 25 de agosto y el 13 de septiembre de 1944 después del bombardeo que inutilizó parte de los crematorios. En algún rincón del fotograma, Ana Frank y su hermana Margot estaban a punto de partir para Bergen-Belsen. ¿Fotos? El fotógrafo polaco Henryk Ross fotografió el gueto de Lodz. Y de los convoyes de la muerte. Desde el 7 de agosto de 1944, los judíos polacos eran enviados al campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. Hasta entonces los mandaban a morir en Chelmno. Ross tomó el 30 de agosto la foto del último convoy antes de la destrucción del gueto como tal.

En Francia, las noticias eran más halagüeñas. Se acerca la liberación y en el París ocupado muchos se frotan las manos. Aunque no todos las tienen todas consigo. Por ejemplo, Jean Cocteau y Marcel Jouhandeau, dos amigos a los que Jünger visita con cierta frecuencia. Cocteau lleva la vida de quien no cree que la guerra vaya consigo. Vive al margen de los acontecimientos llevando su vida de escritor. Asiste a fiestas y estrenos pero no simpatiza con los alemanes. Jouhandeau sí simpatiza con ellos. Es un germanófilo orgulloso de serlo. También es antisemita. Pero tampoco fue un colaborador. Una curiosidad, salvó al editor judío y miembro de la resistencia Jean Paulhan avisándole de que su propia mujer —Elise Jouhandeau— le había denunciado a la Gestapo. A Jean Cocteau no se le conoce ningún gesto heroico. Se sabe que no era precisamente un amigo de los judíos. El 7 de agosto Cocteau garabatea en su diario: «Mañana por la tarde fiesta de *Carmen* en el Normandía. El billete más barato cuesta mil francos. He dado los míos y jugaré a la petanca en el Palais-Royal, hasta la hora de la cena que dan los Vaudable a los artistas». Previamente, en unas notas sin fecha escritas entre el 8 de julio y el 7 de agosto, Cocteau reflexiona sobre la huida de los alemanes y el pánico de los colaboracionistas: «La calma de los alemanes contrasta con el pánico de los franceses que les ayudaron. Esta camarilla siniestra oculta su an-

Javier Mina es escritor (San Sebastián)

gustia detrás de una virulencia cada vez más fuerte. Se ve que los alemanes los abandonarán a su suerte, como sucede al final de *La vida es sueño*. Cocteau se muestra muy pesimista, al contrario de lo que parecen estar sus conciudadanos. Le preocupan los comunistas, que se revolverán contra quienes dan muestras de americanismo, e intuye un periodo de anarquía.

Marcel Jouhandeau no realizó tampoco ninguna anotación durante el mes de julio de 1944. Así pues, ni Cocteau ni él se refieren al atentado de Hitler. Jouhandeau confiesa tener miedo. Desde principios de agosto, recibe cada noche una llamada telefónica anónima anunciándole su muerte. El día 13 en concreto le dicen: «Prepárese. El momento de la expiación se acerca». El día 8 de agosto —no tiene ninguna anotación más cercana al día 4— se refiere a que ha soñado con una mujer quemada en la hoguera y escribe: «No, hasta ahora la compasión nunca me había cogido por las tripas, era como si hubiese sentido el suplicio más violentamente que esa mujer. En efecto, en sueños no se da el margen entre lo que se siente y lo que uno se representa, que existe en la realidad, nos identificamos absolutamente con la imagen que creamos. En ellos, la ficción es función de la emoción. ¿Dónde fui a buscar los elementos del drama que me había representado interiormente para traducir el horror de la vida actual?». Una mujer quemada en la hoguera. Tendida sobre una parrilla, dice Jouhandeau. Pero piensa únicamente en sí mismo. Y no en los hornos crematorios.

El también simpatizante de los alemanes Pierre Drieu de la Rochelle se mostrará más radical. Su apoyo a la Europa unida bajo el yugo de Hitler le llevará a escribir artículos elogiosos sobre las actividades del ejército alemán. Sin embargo, no fue antisemita y, de hecho, pondrá fin a sus ditirambos cuando se entere de las atrocidades que los alemanes cometen en los territorios ocupados. Eso ya desde 1943. Pero siente miedo al ver el avance de los aliados. Tanto que intentará suicidarse el 12 de agosto de 1944, cuando la liberación de París es más que eminente (se producirá el día 19). Una vez recuperado, Drieu de la Rochelle retomará su diario. Lo hace en octubre: «No sólo hay que reanudar con la vida, sino también con el diario. Y, sin embargo, me había prometido a mí mismo no volver a reanudar eso, al menos. El que he ido redactando desde el 39 es ya demasiado largo y las páginas que he vuelto a leer no me han tranquilizado en nada sobre el interés de semejante costumbre». Se tratará de un regreso incidental. Al diario. Y a la vida, pues se suicidará el 15 de marzo de 1945. Henry de Montherlant y Paul Morand también escribieron diarios. El segundo era un obstinado antisemita. El primero parece haberlo sido en secreto. Dejará de escribir su diario a finales de 1943. Se conservan unas notas correspondientes a un periodo comprendido entre 1930 y 1944 que resultan imposibles de datar debido a su contenido poco contextualizado. A comienzos de la guerra, en 1940 y 1941, Montherlant habrá cruzado una correspondencia repugnante con Roger Peyrefitte —que publicará en septiembre de 1944 *Las amistades particulares*— sobre sus abusos pedófilos al amparo de la confusión general. En la correspondencia del es-

La balsa de la Medusa, Segunda época, 3, 2010

trafalario Paul Léautaud hay una carta de agosto de 1944 a un amigo en la que se queja del mal servicio que ofrece el metro, lo que trastoca su rutina.

Frivolidades aparte, hay quien tiene muchos motivos para inquietarse. A lo largo de ese verano del 44, según se va produciendo la liberación de Francia, proliferarán las purgas contra los colaboracionistas en una suerte de gigantesco auto de fe. La llamada depuración se efectúa muchas veces a bulto, otras sin pararse a examinar el grado de responsabilidad del acusado ni la veracidad de la acusación o la auténtica gravedad de los hechos. Para la moral del vencedor tan culpable es la mujer que se ha acostado con el invasor, ya sea por mero cariño o para sobrevivir gracias al aporte extra de alimentos, como el delator o quien forma parte de las fuerzas armadas o represivas ya sea directamente alemanas, como la Gestapo, o autóctonas como la Milice française. Lo que se tradujo en muchos abusos. Principalmente contra las mujeres, un colectivo raramente implicado en la colaboración activa con los nazis. Muchas fueron rapadas a la fuerza, tatuadas con fuego —una cruz gamada, por ejemplo—, exhibidas ignominiosamente, golpeadas, violadas y asesinadas. Baste con mencionar dos casos, afortunadamente leves —sobre los otros hay un manto de oscuridad cuando conciernen a personas del montón—, que se producen en fechas tan significativas como el 2 de agosto y el 2 de septiembre de 1944 como se puede leer en *1940-1945 Années érotiques*, de Patrick Buisson. En la primera, muere de forma natural el escritor colaboracionista Ramón Fernández. Poco después, su esposa Betty pagará en sus carnes el haber sido la mujer de un traidor. Simplemente eso. El 2 de septiembre serán juzgadas una madre y una hija de Châteaurenault por colaboración con el invasor. Los hechos estrictamente probados fueron que habían dado un vaso de ron a unos soldados que llamaron a su puerta estando de paso. Lo que fue motivo suficiente —junto con las sospechas de que hubo de haber más— para que les raparan y les sometieran a burlas y vejaciones. A un sinvergüenza de verdad, Henry Chamberlin alias *Lafont*, que, aparte de vividor, comerciante sin escrúpulos que se lucró con el mercado negro y confidente, formó parte de la Gestapo, le incoaron un proceso más riguroso el ya abundantemente mencionado 13 de septiembre de 1944. Pues bien, lejos de mostrar ningún signo de arrepentimiento por haber mandado al paredón a muchos resistentes y a los campos de exterminio a muchos judíos, dijo cínicamente al tribunal: «He vivido diez vidas, puedo permitirme que me quitéis una».

El miembro de la resistencia Paul Élie Casanova, preso en la cárcel de Loos, se mostrará de otra pasta en la carta que escriba el 7 de agosto de 1944 a sus padres: «Voy a morir dentro de un rato. Espero tener suficiente valor para hacerlo bien. Procuraré morir como cristiano y como francés. Sólo me llevo la añoranza de no volver a ver mi bello país, su cielo radiante y su luz resplandeciente. Siento también el no haber podido estrecharos contra mi corazón una última vez, a vosotros y a todos los que he amado». Los alemanes le fusilarán poco después de haber escrito estas sencillas líneas de despedida. Paul Élie era oficial de policía en

Javier Mina es escritor (San Sebastián)

el norte de Francia y formaba parte de la resistencia hasta que le detuvieron el 11 de julio de 1944. El testimonio está recogido por Guy Krivopissko en *Vivir a muerte*.

Con *El malentendido*, Albert Camus pone fin a la temporada teatral parisina. Ha estrenado la obra el 26 de junio de 1944 con María Casares y Alain Cuny. Su ciclo natural debería concluir en agosto. A principios, el límite natural de la temporada. Sólo que este agosto en particular debería caer el telón sobre cuatro años de ocupación alemana. ¿No están los aliados a las puertas de París? No importa, Jacques de Féraudy, crítico del periódico colaboracionista *Le Pilon*, arremete el 5 de julio contra una obra que tacha de estalinista. En otro rotativo de nombre todavía menos inequívoco, el *Paris Zeitung*, Albert Busche señala el 16 de julio que *El malentendido* constituye toda una promesa. Para el teatro. ¿O para algo más? Busche tal vez busca un paraguas para protegerse de la que se acerca. Camus, no lo necesita. Ya ha pasado lo suyo, está en la resistencia. Y escribe para el clandestino *Combat*. El 24 de agosto clama ya en plena refriega: «París dispara con todas sus balas en la noche de agosto. Las barricadas de la libertad se han alzado una vez más en medio de este inmenso decorado de piedras y agua, alrededor del río cuya corriente está cargada de historia. Una vez más, hay que comprar la justicia con la sangre humana. Conocemos de sobra este combate, por habernos implicado en él con la carne y con el corazón, como para no admitir sin amargura esta condición terrible». El 25 entrará la división Leclerc en la capital francesa, lo que supondrá la liberación. Pero no era lo previsto en las operaciones militares. La víspera, por la noche, Camus escribe, haciéndose eco de las balas, para el *Combat* que saldrá de madrugada: «Quienes nunca han desesperado de sí mismos ni de su país encuentran bajo este cielo su recompensa». A menos que no estén. Ana y Margot Frank se hallan en Westerbork esperando, sin saberlo, el último convoy que saldrá del campo el 2 de septiembre con destino a Auschwitz, donde llegarán el día 5.

El periplo concluye. Ha girado en torno al 1 de agosto pero también alrededor de fechas clave en la última parte de la vida de Ana Frank, como el 2 y el 13 de septiembre. Tal vez en un intento de prolongarla. De evitar la muerte. En vano. Porque el eterno retorno sólo existe en el papel. Queda, pues, el recuerdo. El de Ana. Pero también el de muchos destinos que se agitaron en un mundo tenebroso. Que, éste sí, nunca debería volver. Fechas en un diario —en varios—, fechas de arrestos, traslados, sevicias y aniquilación, con algunos chispazos de luz: la sublevación de Varsovia, el atentado contra Hitler y, por fin, el desembarco aliado en el norte y en el sur de Francia. Sólo falta una fecha. Ana Frank y su hermana Margot morían probablemente de tifus el 12 de marzo de 1945, un mes antes de que las tropas británicas liberasen el campo de Bergen-Belsen. El señor Frank pudo recuperar el diario de su hija en julio de 1945. Lo recibió de manos de uno de sus antiguos colaboradores, Miep Gies, encargado de avituallar a la familia Frank mientras estuvo escondida en el zulo de Amsterdam.

La balsa de la Medusa, Segunda época, 3, 2010